La expiación anticapitalista

José Benegas

El escritor cubano Reinaldo Arenas se asombraba en su autobiografía *Antes que anochezca* de la existencia en Estados Unidos y en otros países de un ambiente intelectual de simpatía hacia el comunismo castrista, en el que se minimizaban los relatos sobre sus crímenes así como las nefastas consecuencias del sistema inhumano que lo había llevado al exilio. Lo que él llamó *izquierda festiva y fascista* se expresaba en aquel profesor de la Universidad de Harvard que conoció en un banquete y que le había manifestado: "Yo de cierta forma comprendo que tú puedas haber sufrido en Cuba, pero yo soy un gran admirador de Fidel Castro y estoy muy satisfecho con lo que él hizo en Cuba". A lo que Arenas respondió: "Me parece muy bien que usted admire a Fidel Castro, pero en ese caso no puede seguir con ese plato de comida, porque ninguna de las personas que viven en Cuba, salvo la oficialidad cubana, puede comerse esta comida", tras lo cual tomó el plato del profesor y lo arrojó contra la pared.[1]

La investigación de Stéphane Courtois y de otros volcada en *El libro negro del comunismo* asigna a los Estados comunistas cien millones de muertos: 20 millones en la Unión Soviética, 65 millones en la República Popular China, un millón en Vietnam, dos millones en Corea del Norte, dos millones en Camboya, un millón en los regímenes comunistas de Europa oriental, 150,000 en Latinoamérica, 1.7 millones en África, 1.5 millones en Afganistán y unos 10,000 a causa de movimientos comunistas fuera del poder.[2]

El *glamour* del horror sobrevive a cualquier estadística; es independiente de los hechos, de las comprobaciones y las refutaciones. Puede alguien lograr un puesto en la universidad más prestigiosa del mundo, en el país que es símbolo del capitalismo, dejando de lado todo lo conocido sobre el comunismo, sin que eso tenga consecuencias sobre su carrera. Como un físico que pudiera ignorar las leyes y los avances de su ciencia y aún así conservar su prestigio, o incluso lograrlo y retenerlo como si éste de alguna manera dependiera de hacer alarde de esa conducta desajustada.

Aún hoy, a más de veinte años de caído el Muro de Berlín, hay alguna razón por la cual aquel sistema perverso está rodeado de impunidad en la consideración pública. Nada que tenga

---

[1] Reinaldo Arenas, *Antes que anochezca*, Tusquets, pag. 310.
[2] Stéphane Courtois, *et. al., El libro negro del comunismo*, Planeta, 1998, pág 18.

que ver con su realidad, con los resultados de acuerdo con la información disponible para cualquiera sobre la opresión de la población, el control policial del pensamiento o la pauperización de la vida de la gente. Algo que no está en el seno de ese sistema perverso sino fuera de él entre sus observadores.

Lo que otros llaman *izquierda caviar* es un fenómeno bien conocido de detractores del capitalismo que, sin embargo, podrían ser mostrados como buenos ejemplos de su éxito, porque disfrutan de una vida que sólo es posible gracias a la colaboración entusiasta y llena de incentivos que es propia de esa forma de organización social basada en la libertad individual.

Pero, a la vez que es exitoso en el aspecto crematístico, al capitalismo se le disfruta en buena medida con vergüenza, la que a veces es racionalizada como una "ideología progresista" que elige mirar para otro lado y concentrarse en encontrar motivos por los que merecemos alguna forma de condena por el "mal capitalista" que "nos afecta".

Lo que es habitual es que veamos esto como una gran contradicción. Hipocresía y oportunismo de traficantes, decía Arenas. Pero ésta parece una no-explicación, apenas la aplicación de un rótulo descalificador en lo moral que no nos permite saber por qué ocurre semejante cosa.

La hipótesis que ofrezco en este trabajo es que el problema se encuentra mucho más allá de la inconsistencia *ideológica* o de la ética personal, en mecanismos más primitivos de protección frente a la culpa que genera el beneficio personal no compartido con la tribu, explicación que requiere correrse del prejuicio de que los comportamientos son estrictamente racionales. La idea es que la mentalidad anticapitalista, en muchos casos, tiene que ver con mecanismos psicológicos que compensan la no aceptación del lucro individual que la apertura de una sociedad compleja de redes de individuos requiere. Existe un problema moral, pero no en aquella "contradicción" sino mucho antes, cuando la persona detesta sus propias inclinaciones a través de su rechazo al capitalismo.

Mientras en la caverna el hombre sobrevivía actuando en función del grupo, en las sociedades complejas y abiertas la forma de producción, y por tanto de retribución, ocurre en relaciones cruzadas en las que las pertenencias quedan relegadas a los aspectos afectivos, salvo cuando interviene la política para alterar esa realidad y actualizar el espíritu tribal. Este último elemento también contribuye a alimentar el círculo del anticapitalismo como forma de expiación.

Podríamos decir que el profesor de Harvard del que hablaba Arenas no defiende sus manjares, a pesar de su simpatía por Castro, sino que expresa su simpatía por Castro para defender y disfrutar de sus manjares. Incluso si esa vez el mecanismo falló con el plato contra la pared, puede que haya necesitado utilizarlo después más veces.

Frente a este desafío, la defensa de un sistema de vida basado en la libertad requiere de una labor completamente diferente a la de la simple explicación de las bondades de un sistema en comparación con los horrores del otro. Cuanto más se muestran los beneficios del individualismo, más se contribuye a despertar el sentimiento culposo que luego se expulsa fuera proyectándolo en *ese mal materialista que separa al hombre de los sentimientos*. Se busca cualquier cosa que no funcione para atribuirla al sistema. Para denigrarlo se lo compara permanentemente con un paraíso en el que no falta nada y todos somos felices. Si no estamos en ese lugar es por "nuestro egoísmo". Asumir al socialismo como el infierno que nos devolvió este error es más difícil que entender un problema económico o político; está más relacionado con el abandono de un falso edén "moral" que liberaría las culpas y daría lugar a la superación del tribalismo.

La economía puede explicar cómo la búsqueda del propio beneficio –llamémosla sin pudor "afán de lucro", que ya está cargado de condena como parte de este problema– redunda en un producto social que mejora la situación de todos; cómo es que las personas, para progresar, deben necesariamente colaborar con otras. Se percibe desde un principio que se debe persuadir al grupo para que tolere los proyectos individuales. Cuando se quiere fundamentar moralmente al capitalismo de esta manera, por medio del "beneficio del conjunto", fuera del justificativo del beneficio personal, se invita a una suerte de transacción política en la que se deja de lado el atraco colectivo por razones de negocios. En el argumento está implícito que la situación por defecto es la colectivización y que la individuación es la que necesita motivos convincentes. Con esa forma de pretender habilitar la libertad individual cada vez que se muestra el padecimiento de un individuo dentro del sistema, los mismos que ignoran el sufrimiento general en el socialismo, encontrarán que la causa de todo se encuentra en la ambición, el egoísmo y el capitalismo. Entonces también se le llamará "escuela económica" a un posicionamiento filosófico según el cual todo lo que "el capitalismo no soluciona" es producto de su mal y de la falta de ejercicio de la autoridad política, cuya mítica virtud es terminar con la incertidumbre protegiéndonos de nuestras ambiciones. Porque puestas las cosas de esta manera, el capitalismo cosificado es tratado como *causa* de todos los

problemas que se puedan encontrar. Como si con la renuncia al uso de la fuerza tuviéramos que renunciar al paraíso, y por lo tanto hubiera que pasarle a la paz la factura de todas las dificultades.

Hace poco participé en una exhibición privada, con debate posterior, de la comedia de la década de los ochenta *Los dioses deben estar locos*, de Jamie Uys. El anfitrión planteó el primer interrogante antes de ponerla en pantalla: ¿es una película racista? La trama se desarrollaba en el desierto de Kalahari en África, pero no pude encontrar relación alguna con el racismo. En resumen, lo que vimos fue una parodia de la vida salvaje de una tribu feliz de bosquimanos que vivía aislada del mundo en un estado natural, en contraste con los códigos de la civilización bajo el cliché de que quienes nos rodeamos de comodidades en realidad nos vemos abrumados por ellas sin sentido. Aunque en mi interpretación, todo ello sin intenciones pontificadoras, apenas con un fin humorístico, utilizando una incomprensión entre los dos mundos a lo largo de toda la película, que el espectador podía apreciar pero los protagonistas no.

La tribu sin conflictos, dedicada a disfrutar de la vida sin estrés, recibe la llegada de un objeto desde el cielo, arrojado desaprensivamente por un piloto de un avión que pasa por el lugar. El objeto es interpretado como un regalo de los dioses. Algo milagroso que parecía servir para todo. Irrompible, transparente –aunque no era agua–, más duro que cualquier roca que hubieran conocido, mucho más eficiente para moler el grano que los morteros que acostumbraban a usar. Típico elemento cuya existencia sólo podía interpretarse como el fruto de un designio divino. Pero los espectadores podíamos reconocerlo con facilidad porque forma parte de nuestra cotidianeidad: se trataba de una simple botella de Coca-Cola.

El problema con los dioses era que exageraban la regla que dice que lo bueno, si breve, dos veces bueno, y sólo les habían regalado a nuestros amigos bosquimanos uno de esos objetos prodigiosos. Por eso su posesión no tardó mucho tiempo en provocar peleas dentro de la tribu. La aldea feliz de buenos salvajes de pronto se vio invadida por la envidia y la codicia. Los bosquimanos conocieron así la violencia, de la que hasta entonces, según elección del guionista, no habían tenido noticia. Dejaron de sonreír en su pequeño paraíso para dar lugar a lo peor del ser humano. Xi, el simpático patriarca, llegó a la conclusión de que el envío de los dioses traía más problemas que beneficios, así que intentó sin éxito devolvérselos, arrojando una y otra vez la botella al cielo de donde había venido, suponiendo que la deidad responsable del error estaría dispuesta a aceptar devoluciones. Pero no había caso: el cielo devolvía cada vez la botella a la tierra. Fue así que emprendió un largo viaje al fin del mundo para arrojar el

elemento de la discordia. En ese viaje tomó contacto con la civilización, a la que él interpreta a su modo, a la vez que él es interpretado al modo de sus ocasionales interlocutores, y así se desarrolla la trama.

Terminada la película nos reunimos todos en el patio para intercambiar impresiones sobre lo que acabábamos de ver. El dueño de la casa abrió el debate con su interrogante sobre la posibilidad de que el film escondiera alguna forma de racismo. Opiné que la palabra racismo sería desproporcionada para el tipo de obra que acabábamos de ver, que a lo sumo alguien podría pensar que hubiera una mirada prejuiciosa, tal vez ofensiva, hacia la tribu, pero en realidad el ridículo lo hacían todos los personajes por igual. Sin embargo, viéndola treinta años después, lo que se nota es que en la década de los ochenta el nivel de control social llamado "corrección política" era menor y que los productores ni se habían planteado el problema; de otro modo hubiera quedado un producto sin sabor a nada o tal vez ni se hubiera hecho. Lo que me llamó la atención fue que la condena al racismo estaba preparada para aparecer aun sin acciones en concreto que lo expresasen –al menos nadie las pudo describir–, sólo porque estaba presente una tribu africana. Como si se estuviera en búsqueda de deudas morales donde no las había.

El tópico se agotó muy rápido, y el anfitrión identificó otro como el planteo central. La botella de Coca-Cola representaba, nos dijo, la irrupción del capitalismo en la vida feliz de los pobres salvajes como una vía a la corrupción de las costumbres. La presencia repentina de un elemento discordante que representaba el *materialismo* había logrado trastocar por completo sus relaciones y el amor había cedido su lugar a la envidia, el odio y la violencia, que hasta entonces les eran por completo ajenos. Una persona mayor que se identificó como profesor, y que todos escuchaban como la autoridad que pondría marco general a la conversación, agregó en una larga exposición que esos hombres viviendo casi desnudos, y sin nada de lo que podríamos considerar comodidades de la vida moderna, eran el verdadero hombre, el esencial, el mismo que después se arruinaba en contacto con las cosas materiales y perdía la posición de niño frente a la vida, posición que, como enseñaba San Agustín, era la característica de las almas puras. La experiencia no ocurrió en la década de los ochenta; a lo mejor la explicación hubiera parecido anacrónica entonces, y ni hablar de los noventa. Fue en este inicio de la segunda década del siglo XXI en una de las ciudades consideradas más cultas de Latinoamérica.

La amiga que me invitó a la exhibición dudó de que los autores hubieran tenido otro deseo que el de parodiar esa vida salvaje, más que ensalzarla. Todos los demás estaban de

acuerdo con el profesor y con el director del debate. La conclusión más obvia para ellos era que se trataba de una condena al capitalismo, que lo había arruinado todo.

Otra mujer afirmó que los bosquimanos habían visto la botella como "el mal". Pero, agregué por mi parte, antes de que eso sucediera la habían visto como el bien. Muy a mi pesar, porque hasta entonces había decidido no intervenir ya que presentía que el ritual de expiación había comenzado y el resultado suele ser que el que denuncia la ceremonia se compra el papel del malo. Ya había vivido situaciones parecidas demasiadas veces. La mujer interrumpió su exposición y pidió que me explicara. Lo hice diciendo que, antes de rechazar la botella y tomarla como causante de conflictos, la tribu la había visto como una panacea. Era obvio, salvo para mis compañeros de discusión y para los bosquimanos, que una botella no es en sí ni el "mal" ni el "bien". Tampoco semejante objeto es el capitalismo, ni el socialismo o cualquier otro ismo. Por lo tanto todo lo que la tribu hubiera puesto en ese objeto era algo que la propia tribu tenía, dejando de lado que todo era ficción y jugando con ella para encontrar una explicación a lo observado. La botella había actuado como un mero espejo de la ilusión y la desilusión depositada en ella. Pero no solamente por los bosquimanos, aunque esta parte me la reservé, sino también por nuestra propia tribu de comentaristas de cine. La agresión estaba en el grupo de la película antes de que la botella de Coca-Cola pudiera servirles como depósito. Antes de que le encontraran la última utilidad, que era la de servir como chivo expiatorio para deshacerse con ella del mal por medio del rito del sacrificio.

La botella no tenía en sí misma carga moral alguna, pero sí quienes pretendían pensar sobre ella y su significado. Nada que esa botella significara para mis compañeros de debate, ese "mal capitalista", era propio de ella sino de ellos. Ni siquiera era propio de la compañía Coca-Cola, ni había el más mínimo motivo para sospechar que Xi y sus hermanos la relacionaran con alguna teoría de la dependencia internacional o cosa por el estilo. No lo dije porque entonces se hubieran querido deshacer de mí como de aquel objeto por sus propios "pecados capitalistas", no por los míos.

Sin embargo, el comentario consiguió deshacer el efecto mágico, el ritual anticapitalista se disolvió, y para mi asombro los anticapitalistas dejaron las lanzas y el Ula Ula para hablar de cinematografía.

El episodio es apenas uno de tantos que se viven entre gente que disfruta de las bondades de la vida moderna, similar a la anécdota contada por Reinaldo Arenas. Personas que manejan automóviles, se comunican por teléfono celular, toman sus decisiones económicas

realizando evaluaciones de costo-beneficio sin pensar en el bien de la humanidad y el universo, salvo cuando se juntan con otras personas a despotricar contra aquello que creen que está mal en ellos, pero depositándolo en otro lado. Extranjeros y empresas multinacionales, mejor aún para la expiación. Gente que no puede identificarse como *izquierda caviar*, apenas *fast food*; gente instruida pero no ideologizada, cargada de una culpa a flor de piel que construye una mirada tribal sobre una tribu desde una óptica pretendidamente más evolucionada.

Parecía un experimento armado para reforzar los supuestos de la corriente de la psicología evolucionista, que sostiene, como aplicación de las ideas de Darwin, que nuestro cerebro está aún conformado por módulos cuyas prioridades tienen que ver con el éxito reproductivo en un entorno de cazadores-recolectores, que es lo que el ser humano ha necesitado hacer la mayor parte de su existencia.[3] Contexto en el cual los genes prevalecientes han sido aquellos mejor adaptados a una realidad completamente diferente a la actual. Puede que nuestros antepasados hayan logrado transmitir sus genes gracias a un espíritu tribal en el que las diferencias debieran dejarse de lado. Lo planteaba Friedrich Hayek en "El atavismo de la justicia social",[4] especulando con la posibilidad de que el sentimiento igualitarista tuviera origen en la situación anacrónica de los cazadores en grupo, para quienes la regla más consistente en el reparto de la producción común era la de la igualdad.

Puede que hayamos llegado hasta aquí por la victoria de aquellos genes tribales y que los que se sintieran más en deuda con el grupo fueran los sobrevivientes que lograron reproducirse; que estemos pasando por un periodo de adaptación a una realidad completamente diferente que requiere nuestra atención sobre sentimientos que hoy resultan inútiles, que no tienen que ver con nada esencial en nosotros sino sólo con circunstancias que ya no existen.[5]

Llamémosle capitalismo, liberalismo, individualismo; hablamos de una forma de relación social donde el uso de la fuerza, salvo para defenderse, y el fraude están excluidos. Esta es la explicación racional. A menudo nos planteamos el problema de la imposibilidad de lograr que mucha gente "entienda" que el capitalismo no es un grupo de seres mezquinos tratando de

---

[3] Para una explicación de la relación entre las conclusiones de la psicología evolucionista y la economía, véase el artículo de David Friedman "Economía y psicología evolutiva" http://www.indret.com/pdf/048_es.pdf

[4] www.hacer.org/pdf/rev36_hayek.pdf

[5] Paa Ayn Rand, nuestra época podría ser la del eslabón perdido entre el mundo animal y el hombre realmente conceptual. Véase "El eslabón perdido". *Filosofía quién la necesita*, Grito Sagrado 2009, págs. 75-94.

destruir a codazos a los demás y "sólo pensando en ellos".[6] No lo es más de lo que lo puede ser el socialismo, o los salvadores que con actos de autoridad son llamados a librarnos de aquellos individuos. Pero se olvida tener en cuenta que intervienen también mecanismos más básicos que el de la razón y que el proceso está dado de tal modo que la facultad de "entender" no se pondrá en juego, porque impera el pensamiento mágico inconsciente.

El dispositivo de la expiación, de depósito de la culpa, acompaña a las sociedades humanas desde las culturas más primitivas y también se encuentra reactualizado en la tradición judeo-cristiana, como señala Thomas Szasz, quien lo describe con todo detalle en un capítulo de su libro *La fabricación de la locura*[7] como la "expulsión del mal". En el rito judío más antiguo, el Yom Kippur, se elegían dos chivos como medios para la purificación. Uno era entregado a Yabeh como ofrenda, el otro era cargado con todas las culpas del pueblo y se lo abandonaba en el medio del desierto, conduciéndolo allí entre insultos y pedradas para entregarlo al demonio Azazel como método de expiación. El segundo era llamado el *chivo expiatorio*. "El macho cabrío sobre el cual haya caído la suerte para Azazel, será presentado vivo delante del Eterno, para hacer expiación sobre él y enviarlo a Azazel, al desierto." (Levítico 16:10)

En el rito el macho cabrío carga simbólicamente las culpas de los otros. Pero, lejos de recibir agradecimiento por tan buen servicio, es objeto de desprecio, insultos y abandono en el desierto. La culpa se exporta de algún modo y, en lugar de la autoflagelación, el dispositivo encuentra un *puching bag* que asumirá, hagamos justicia, lo que no le corresponde. Se trata del mismo procedimiento de "purificación" que llevará en otras culturas a los sacrificios humanos, y que se repite en la dinámica grupal sin una expresa característica mística y sin necesidad de llegar a hechos violentos. Papel que parece estar tocándole al "capitalismo maléfico" y a sus defensores, que no creen en los poderes omnímodos de una nueva deidad llamada "Estado".

En el cristianismo nos encontramos con un tratamiento diferente a esa forma de reconducción de la culpa cuando Jesús sale en defensa de María Magdalena, apedreada por pecadores como ella, que no se animan a arrojar la primera piedra, como se les propone bajo la condición de estar libres de pecado ellos mismos. La responsabilidad entonces se presenta como individual, punto central en el que coincide con la tradición de pensamiento liberal.

---

[6] Aunque ese era nuestro contexto original. Guerra y competencia por medio de la fuerza. Incluso el lenguaje utilizado para describir el comercio, una actividad por definición pacífica y colaborativa, suele asimilarse a lo bélico, hablando de "conquista de mercados", como si nuestro dispositivo psicológico estuviera en contacto ficticio con tiempos remotos en lugar de estarlo con esa convivencia en paz.

[7] Thomas Szasz, *La fabricación de la locura*, Kairos, 1974, págs. 269-288.

Todos pecamos una y otra vez, lo cual no nos libera de la culpa, pero sí nos obliga a aguantarnos la que nos corresponde sin expiarla a través de otros.

El caso más importante del cristianismo se encuentra en el propio sacrificio de la crucifixión, el cual ensalza la asunción de las culpas ajenas, colocando la cuestión en el lado inverso. El problema es que se trata de una exigencia que es mucho más difícil de cumplir, "cuánto más sufre la víctima propiciatoria y más vituperio toma sobre sí mismo, más sentimiento de culpa engendra en aquellos que son testigos de su sufrimiento y más pesada es la labor que impone a aquellos que desean justificar su sacrificio".[8]

Esta forma de lidiar con las propias fallas es la misma que utilizó ese grupo de cinéfilos como el tipo de vínculo que se encuentra establecido entre la sociedad capitalista y el "objeto" capitalismo, o las personas que estando inmersas en esa forma de vivir la rechazan y quienes entendemos racionalmente que nada hay de malo en eso. Es una situación cotidiana en reuniones sociales, en paneles sobre ecología en los que se explica cómo el capitalismo ha hecho enojar a la Tierra, que ejerce su venganza a través de múltiples cataclismos, el último de ellos, el terrible terremoto en Japón en marzo de 2011. Para los noticieros pareciera que ya ni existieran los fenómenos meteorológicos, todas son expresiones de desagrado de la Pacha Mama por algo malo que hemos hecho. Entre estas visiones y el hombre primitivo pensando que no llovía por enojo de los dioses no hay diferencia alguna.

Pero nadie deja las comodidades por las que se supone que la deidad Tierra nos está castigando; todo lo contrario, ni siquiera dejan de tomar Coca-Cola. La búsqueda y el depósito del mal es la forma en que se puede continuar gozando de todos los beneficios y deshacerse de la culpa. En gran medida el "capitalismo" como un espectro, y los "capitalistas" como las víctimas propiciatorias en aquel mito, ocupan el lugar de chivos expiatorios del "capitalismo" –en términos de afán de lucro y búsqueda de la propia felicidad– que llevan sus críticos en el interior y viven como algo a execrar. Esto incide de modo crucial en la encrucijada de un capitalismo que extiende el bienestar y pierde adeptos, de un núcleo moral del capitalismo que no triunfa entre sus beneficiarios, y en por qué no logra comunicar lo que para la población en realidad es observable por sus propios ojos, como estaba disponible para aquel profesor que irritó a Reinaldo Arenas conocer los horrores de Castro y sus secuaces. Es raro, sólo si lo vemos desde un punto de vista racional, que la misma población que lo rechaza en su

[8] Thomas Szasz, *Ibid*, pág. 271.

explicitación disfruta del capitalismo en su propia conducta. Observación que se verifica en la gente en general y con los gurúes rituales en el ambiente académico.

Imaginemos al chivo tratando de convencer a sus flageladores de su falta de responsabilidad ¿Qué otro efecto podría tener que el de aumentar la intensidad del castigo para ahogar la nueva culpa con la misma metodología? Chocan dos paradigmas que no tienen comunicación posible. Por un lado, la explicación jurídica, económica, institucional y sociológica de aquello que llamamos capitalismo (dejar de matarnos y robarnos, dejar de llamar a un tercero para que lo haga por nosotros). Por el otro, el campo de la magia que cura la falta de haber abandonado el colectivismo ancestral, aunque como forma de comunicación de esta época lo mágico se disfrace de argumentaciones. Uno y otro campo no se desmienten ni contradicen porque expresan cuestiones de naturaleza diferente. Lo que está en contradicción, las argumentaciones, no dirime la cuestión en este caso.

También podemos pensar que hay alguna falla fundamental en aquellos que defienden la organización social libre, sus imperfecciones, su ineficacia para transmitir un pensamiento, a veces también la inconducta personal o la soberbia para abordar a los interlocutores, que en muchos casos puede ser cierta. Sin embargo, tengo serias dudas de que el problema sea éste; pienso en realidad que se trata de una consecuencia más del lugar que ocupa aquel que se atreve a reivindicar la productividad, la ambición llevada adelante por medios lícitos y la palabra "maléfica": *lucro*. Ese es el lugar del soberbio, el que tiene graves fallas y defectos, aquel en quien no se puede confiar. Mismas fallas y defectos que, cuando se encuentran en cultores de la retórica anticapitalista, carecen de la misma carga moral y condena.

¿No son acaso los socialistas, los populistas, tanto o más soberbios, corruptos, abierta y descaradamente mentirosos en muchos casos desde sus posiciones de poder, exhibiendo un "buenismo" demagógico que a veces cuesta creer que pueda engañar a alguien? ¿Le han tocado a los liberales todos los soberbios, los tartamudos conceptuales? No parece verosímil. El rito de la auto-purificación para resolver la atribución del mal que hace el grupo podría no ser entonces una solución, sino una forma de aportar al proceso creando y ofreciendo chivos internos. Tiendo a creer que nada de esto se dirime ni en el campo de la argumentación ni en el de las características personales de quienes defienden una idea, como no son los pecados del chivo expiatorio –no porque no los tenga– los que lo colocan en el altar del sacrificio.

Por lo visto, lo que parecieran ser contradicciones de un anticapitalismo acomodado que reniega de lo que tiene, de lo que quiere y que vive una vida opuesta a sus principios

declamados como axiomas, se comprende en lo psicológico si se ve como una forma de transferencia que, más que contradecir una convicción, la apuntala. Lo que en términos lógicos parecieran ser dos polos opuestos que pueden confundirse con una doble moral, en términos psicológicos aparece como una proyección. Si el deseo de comodidades capitalistas es vivido con culpa y esa culpa se niega, el proyectarla en otros es la consecuencia. El expiar las "impurezas" en víctimas propiciatorias es el proceso que asegura la integridad psicológica –no moral, como pretendemos quienes queremos manejarnos en ese plano– y posibilita permanecer en el mismo lugar. La hipocresía inquietaría; la proyección actúa como tranquilizante, al menos en lo inmediato. Por lo tanto, mostrar la hipocresía, desnudarla sin ir al fondo del asunto, podría no tener otro efecto que el de echar más leña al mismo fuego.

Laplanche y Pontalis, en su *Diccionario de psicoanálisis*, definen la proyección en psicología como la "operación por medio de la cual el sujeto expulsa de sí y localiza en el otro (persona o cosa) cualidades, sentimientos, deseos, incluso 'objetos', que no reconoce o que rechaza en sí mismo. Se trata de una defensa de origen muy arcaico que se ve actuar particularmente en la paranoia, pero también en algunas formas de pensamiento 'normales', como la superstición".[9]

La pregunta crucial que nos deja este problema es si se puede salir de ese juego. Para responderla habría que encontrar la manera de desmantelar el dispositivo. Dudo que aquella noche de la proyección de *Los reyes deben estar locos* haya cambiado algo en ese sentido. Porque la demonización de la Coca-Cola puede haber encontrado algún punto difícil de resolver, pero el origen de todo, que es la culpa frente a lo que se tiene y se quiere lograr, quedó intacta. Lo mismo que con el profesor de Harvard del principio. Ya habría otra oportunidad de asignarle a ese "mal en el hombre", englobado bajo el rótulo de capitalismo, el origen de todas las desgracias.

Se pueden correr los objetos que cumplen el papel expiatorio, pero cambiarán por otros mientras la culpa permanezca. Culpa por tener, culpa por ganar, culpa por sacar provecho del esfuerzo, culpa por obtener beneficios particulares en lugar de grupales, culpa por haber abandonado la tribu y proyectar la vida en formas de vinculación más complejas donde la dimensión central es la individual. Podríamos decir que ante aquellos a quienes pensaríamos que habría que confrontar con argumentos, deberíamos más bien ocuparnos de liberarlos de una mochila falsa para que no la conviertan en una mochila real a cargar por sus congéneres. Después de eso sería posible argumentar, no antes.

---

[9] Laplanche, Jean & Pontalis, Jean-Bertrand. *Diccionario de psicoanálisis*, Paidós, 1996, págs. 306.

La diferencia entre quienes apedreaban a María Magdalena y los que apedrean al capitalismo es que, aunque compartan el sentimiento y el modo de deshacerse de él, los segundos no tienen deuda alguna que pagar por sacar provecho a la vida; los primeros se harían cargo del tipo de faltas que todos cometemos.

La definición de Laplanche y Pontalis para el sentimiento de culpabilidad es "un estado afectivo consecutivo a un acto que el sujeto considera reprensible, pudiendo ser la razón que para ello se invoca más o menos adecuada (remordimientos del criminal o autorreproches de apariencia absurda), o *también un sentimiento difuso de indignidad personal sin relación con un acto preciso del que el sujeto pudiera acusarse*".[10] La relación de la tradición cultural hispánica con el lucro es suficiente disparador de culpabilidad frente a la prosperidad. Cuando los sistemas públicos de enseñanza glorifican a personajes históricos suelen destacar, muchas veces de manera falsa, virtudes como el "desprendimiento" o el hecho de que hubieran muerto en la pobreza. La nobleza se coloca del lado opuesto a la obtención de "beneficios propios" y se la identifica con la preocupación permanente por los demás, el sacrificio por la patria.

Un escándalo surgió en la ciudad de Buenos Aires en la década de los noventa cuando un intendente autorizó el alquiler de parte del edificio de un colegio para instalar locales comerciales, lo que facilitaba recursos para arreglar las instalaciones para la tarea educativa. Fue visto por la opinión pública, gracias a los líderes de opinión, como una forma de mancillar la noble tarea de la educación con la "indigna" actividad del comercio. Enseñándole a los alumnos que algo malo hay en el intercambio de bienes y servicios y que tenían que evitar tener contacto con los "comerciantes", formaban futuros participantes en debates sobre cine.

Esa culpa es una fuente inagotable de poder político. No sólo permite a los gobernados mantenerse autoflagelados, sino que los gobernantes se ven sin ningún tipo de límite a la hora de esquilmar a los productores. Después de todo, esos "otros males" son los mismos que están haciendo enfurecer a la "naturaleza".[11]

No sólo hay un "pueblo" castigando a los impíos elegidos, también hay sacerdotes de la expiación, con sus propias culpas y habitualmente enriqueciéndose a costa de los capitalistas. Son quienes invitan a la estigmatización, generan las teorías conspirativas del capital, las corporaciones y las multinacionales. Y también de los países que los defienden. Lo que llamamos "izquierda" es algo distinto a una forma de pensamiento socialista. Si se observan

---

[10] Laplanche y Portalis, *Ibid*, pág. 397 (las cursivas son mías).

[11] Pocas cosas son tan artificiales como la idea de "naturaleza", que es todo aquello que no es humano. Es como "lo otro", el resto de la creación que "no somos nosotros". Y nosotros al mismo nivel.

artículos en los diarios de personajes que responden a esa visión, es raro encontrar en realidad un contenido "ideológico". Lo que se ve con más frecuencia es identificación de males y de malos, consignas a seguir, dogmas y mucho enojo con "el mal" donde quiera que esté. Donde no lo hay, se lo crea. Quienes discuten al liberalismo muchas veces niegan que siquiera exista como tal, lo identifican como "neoliberalismo" o sostienen que es una forma de "derecha fascista", cuando en verdad esta forma de clasificar arbitrariamente a otros y estigmatizar a la gente los asimila a ellos al fascismo. Esa izquierda, más que en una corriente de opinión, se ha convertido en una religión del estado. Una forma de pensamiento mágico que, cuando se retroalimenta, genera procesos autoritarios graves.

Cuando los Padres Fundadores en Estados Unidos quisieron separar la religión del Estado, pretendieron azuzar el peligro de juntar la cruz y la espada. La fuerza y el juicio moral fundamental. Todo el proceso fue para convertir el poder en una organización bajo la ley, no justificada por características, por méritos o por la mera fuerza de los gobernantes, sino como un instrumento servicial objetivo y mundano.

Con la perspectiva actual, sin embargo, nos encontramos con aquel poder mundano rodeado de superchería. Un "Estado", escrito con mayúscula, que ocupa el lugar del proveedor, muy distinto a su concepción original. Gobiernos que lo conducen cuya función, según el pensamiento político más extendido, es la de "repartir riqueza" sin que haya preocupación acerca del detalle de que alguien debe producirla. La multiplicación de los panes en pleno siglo XXI de parte de una institucionalidad política que se supone secular. Como si la espada hubiera virado hacia lo mágico y se hubiera vestido de blanco al punto en que ya no se le reconoce como espada, lo que nos coloca otra vez en el punto de inicio.

El "aparato servicial" en que se convirtió la organización política está presente en la vida privada, regula desde las relaciones de familia hasta la distribución de las ondas de televisión, el modo en que se transmiten los bienes, los medios de intercambio, el crédito y la educación. Se esfuerza porque esa educación no incluya religión alguna. Es decir, en lugar de separarse él mismo de la religión, separa a la población de cualquier tipo de espiritualidad que no sea la que el mismo aparato místico propaga bajo la forma de, por ejemplo, nacionalismo. Y cuanto más presente está, más se cree en él y menos se imaginan sus verdaderos súbditos que es posible que no sea el *default* general de todas sus iniciativas. Después de varias generaciones, la población no recuerda que alguna vez ninguna de esas materias tenía relación con la política

y temen que siquiera se mencione que podrían no estar controladas por el estado. "El Estado proveerá" es el dogma ¿El lugar de quién ha ocupado?

Soy bastante escéptico sobre la posibilidad de que estos estados nacionales, con su tamaño y distancia respecto de sus representantes, puedan ser secularizados por completo. Esta escala política es campo propicio para la magia. Separar al estado de la religión podría ser un propósito bien originado pero mal expresado si, como sospecho, la mística rodea al poder en todo momento y enseguida aparecen sacerdotes haciéndose cargo de las misiones sagradas, con un consiguiente beneficio personal también negado. El verdadero problema a resolver es que no haya "grandes templos políticos" en los que las masas depositen sus esperanzas y los políticos los aprovechen con su demagogia y simulación paternalista para cargar a los individuos de culpas y arrancar una espiral que sólo lleva a la omnipotencia de la autoridad. Pero eso podría ser objeto de un análisis aparte. Humanizar las instituciones en unidades políticas más cercanas a la gente y a las que sea menos fácil asignar posibilidades extraordinarias y producir el culto a la personalidad de sus conductores.

Para el propósito de este trabajo, el estado es el aparato que actualiza la demonización del capitalismo, que sospecha de él mientras la población lo ve como un Santa Claus. Pero, sobre todo, como un castigador. Cuando llega la hora de tomar represalias contra las víctimas propiciatorias del lucro, la política es la justiciera, como si en ella no hubiera aspiraciones personales, sobre todo desmedidas. Y almas pequeñas candidatas a jugar a una épica que pagan otros surgen como hongos.

Hay culpa. Hay sacerdotes. Se separó la religión explícita, pero el estado no es una organización racional a pesar de eso. "Quienes no pueden ser santos y son incapaces de superar esta aterradora visión, se sienten frecuentemente compelidos –en parte por una especie de defensa psicológica– a identificarse con el agresor. Si el hombre no puede ser bueno cargando sobre sus hombros la culpa de los demás, por lo menos puede serlo condenándolos. A través de la atribución del mal a Otro, el perseguidor se identifica a sí mismo como virtuoso", decía Szasz.[12]

Si eso que, con el afán de encontrar una palabra, llamamos *izquierda* hizo de la culpa por el lucro su eje y el secreto de su crecimiento, creando el dilema de elegir entre ser impuro o ser agresor y puro, gratis gozando de todos los beneficios del "pecado", la pregunta que cabría hacerse para imaginar una salida al juego que proponen es: ¿se justifica la culpa por el afán de

[12] Thomas Szasz, *Ibid*, pág. 272.

lucro? ¿Una persona debe sentirse mal de manera automática por el sufrimiento de otras que no hubiera ella misma causado? ¿Nacemos en deuda con la sociedad, el estado, la patria, la humanidad?

Sé que la idea de resolver el juego expiatorio por esta vía no deja de ser otro intento extra-paradigmático de resolución desde lo racional de un proceso no racional, pero en este caso pretendo identificar el núcleo ideológico del ritual para discutirlo, en vez de hablar de lo que ya se entiende. Si hay culpa, se la paga; si no la hay, se lo deja en claro; esa es la intención. La respuesta sería que el afán de lucro, que no es otra cosa que la búsqueda de objetivos individuales por motivos individuales con independencia del bienestar del grupo, es causa eficiente de la moral y no una transgresión a una deuda de la que no podemos liberarnos. La postura más consistente a ese fin es el *egoísmo racional*, sostenido por Ayn Rand como una forma directa de defensa moral del capitalismo, no ya desde su producto social o grupal sino liberando al hombre como persona de los "fines colectivos", cuya mera existencia es muy dudosa. La declaración fundamental consiste en que ninguna persona puede ser el medio para los fines de otra. Que el principal propósito en la vida es la búsqueda de la propia satisfacción y que ese, y no el *bien común*, es el origen de la colaboración y la buena voluntad entre los hombres. Liberar al hombre de una supuesta deuda con el colectivo que no es tal. Ayn Rand sostuvo la piedra basal de una ética consistente con la sociedad compleja de fines abiertos, individuales, de colaboración y coordinación de esfuerzos sin cruzadas, sin sacrificios de unos por otros, en la que no haya expiación ni víctimas propiciatorias.

En la introducción a la colección de ensayos *La virtud del egoísmo* Ayn Rand explica que "el título de este libro puede suscitar el tipo de pregunta que me formulan de vez en cuando: '¿Por qué utiliza la palabra egoísmo para describir virtudes de carácter, cuando es incompatible con el concepto que tienen de ella muchas personas para las cuales no significa las cosas que usted desea expresar?' A quienes me lo preguntan les contesto: 'por la misma razón por la que usted le teme'". El temor es justamente el desafío a la falsa fuente de legitimación subyacente implícita en esa palabra: el colectivo. "No estoy deseando el bien de la humanidad" es la afirmación más sincera y a la vez más escandalosa que pueda hacer una persona, pero no en Moscú en el siglo XVII, sino en cualquier ciudad occidental en pleno siglo XXI.

Tan desafiante es que, a la vez que lleva a muchas personas a afirmar cosas como "Ayn Rand me cambió la vida", a otras les resulta inevitable intentar morigerar la provocación (al poder) acomodando un poco las palabras. Lo paradójico es que, si mi planteo es correcto, el

efecto de sus argumentos no sería sólo el de una revelación racional que sirviera como una mejor explicación de por qué utilizamos reglas éticas que justifiquen esa frase sobre el cambio de vida, sino el de una liberación psicológica en un sentido más elemental.

El ser humano es una ruptura con el devenir meramente natural, el individuo humano también lo es. Desde la teoría de la evolución diríamos con distintas variantes que descendemos de los monos, pero en realidad lo hacemos de uno solo de ellos que se diferenció del resto.[13] La ruptura no es enfrentamiento entre individuos, es individualidad, y la tolerancia a la individualidad es el secreto de la colaboración y la vida civilizada, no su ahogamiento o disolución forzada. La colectivización forzada es, en realidad, el fin de la colaboración y su reemplazo por la disciplina.

Por eso, cuando nos preguntamos una y otra vez cómo transmitir la bendición que significa vivir en una sociedad abierta, la respuesta está más cerca del objetivo que del medio o de las formas utilizadas. No es un producto social el justificativo de nuestra existencia libre sino nuestra afirmación personal ante el milagro de la vida. Señala Nathaniel Branden, discípulo díscolo de Rand, que es la autoestima la base psicológica del afecto, y la sumisión al grupo es lo contrario a la autoestima.

El hombre produce en colaboración, pero esa colaboración es parcial, con redes de personas distintas para la obtención de distintos beneficios. Se vende a unos y se compra a otros, que no siempre son los mismos. Cada uno de los bienes que nos rodean están hechos en colaboración con infinidad de personas en una cadena de aportes de valor que es imposible siquiera de reconstruir históricamente. Pensemos desde el hilo con el que están hechos los cordones de nuestros zapatos hasta el elemento con el que se imprimieron los caracteres en el teclado que uso para escribir. Ni siquiera tenemos contacto personal con la gran mayoría de las personas –con las que tenemos intereses comunes pero parciales– con las que intercambiamos valores. Este proceso complejo, que describió Leonard Reed en su artículo "Yo lápiz",[14] hace imposible que podamos establecer causalidad alguna entre el mal de unos y el bien de otros, mucho menos que podamos hablar de responsabilidad o culpa. En términos lógicos económicos se puede demostrar que, cuando las partes intercambian de modo libre en una transacción, ambas ganan en términos subjetivos, con lo cual no hay pesares que sean

---

[13] La mayoría de los estudios de biología evolucionista, señala Friedman en el artículo citado, indica que en la historia reproductiva los rasgos que benefician al grupo o a la especie, a costa del individuo que los lleva en sus genes, no serán seleccionados.

[14] http://independent.typepad.com/elindependent/2005/12/yo_el_apiz.html

motivados por ganancias ajenas. Una cosa es aspirar a solucionar problemas de otros, para lo cual somos más falibles que para la solución de los propios, y otra distinta es tener una deuda.

En la tribu o en ciertas situaciones extremas podría parecer que lo colectivo se encuentra por encima del individuo y existen incentivos para que el grupo cierre filas en función de metas comunes, en general contra las aspiraciones de otros grupos; no se me ocurre qué cosa haya sido encarada como un trabajo de la "humanidad". En definitiva, esa situación se mantiene mientras a los propios individuos, dadas las circunstancias, les convenga o se logre someterlos.

Una sociedad en la que unos reconocen a los otros como personas con fines propios, no obligadas a actuar en función de los primeros, y en la que éstos aceptan, también frente a su propia consciencia, que no están obligados a ser instrumentos de objetivos ajenos, sólo es la mejor alternativa, no es que lleve a ningún paraíso ni puede ser comparada con nada parecido a eso. Al contrario, mientras sigamos imaginando paraísos en la tierra, viviremos en deuda con ellos y despreciaremos lo que podemos lograr en función de lo que no existe, que es el problema de las utopías.

Sospecho que mis compañeros de debate cinematográfico no tienen problema para entender que el celular de última generación que llevaban en el bolsillo, el aire acondicionado del automóvil en el que se desplazaron al lugar de nuestro encuentro aquella noche calurosa de verano, los camiones con mercaderías que vieron circular en su camino, el reproductor de DVD con el que vimos la película, y todo lo que nos rodeaba, era producto de la acción interesada de innumerables individuos que hacían todo eso posible. No padecían de ningún impedimento neurológico para comprender cuestiones económicas; probablemente valoren la libertad, al menos entendida en términos generales, sin poner del todo en crisis su núcleo moral. Pero es probable que nunca hubieran escuchado una lección de economía que les mostrara las maravillas que ocurren en el capitalismo y en la que se lo describiera como una forma de colaboración sin agresión. Para ellos es el mundo del lobo suelto en el gallinero, y es cuestión de encontrar al lobo y ahorcarlo un poquito, simbólicamente al menos –yo mismo hubiera podido hacer ese papel. Porque el problema es su propia relación culposa con el lucro, antes que el lucro ajeno, y la prioridad no era entender los secretos del proceso productivo sino quitarse de encima una deuda con el mundo que –¡buenas noticias!– no existe. Tampoco es problema para los fieles de la izquierda acomodada "entender" que la población sufre con la colectivización el colapso de la productividad y el empobrecimiento, porque su problema

nunca ha sido hacer sentir mejor a las masas sino sentirse bien ellos mismos más allá de cualquier otra consideración.

La mitad del daño que se hace en este mundo se debe a personas que quieren sentirse importantes.
No es que intenten hacer daño –pero el daño que hacen tampoco les importa.
O no lo ven o lo justifican. Porque se encuentran absortos en la interminable batalla
de pensar bien de sí mismos.
T.S. Elliot[15]

[15] T.S. Elliot, *The Cocktail Party*, pág. 111, citado por Szasz, *Ibid*, pág. 289.